

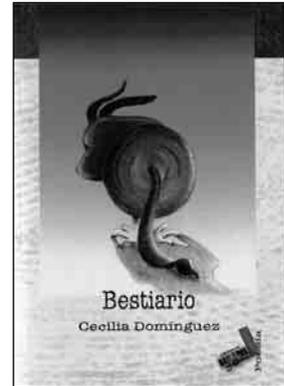


RESEÑA

ALBERTO PIZARRO

# BESTIARIO

DE CECILIA DOMÍNGUEZ



*Bestiario.* Cecilia Domínguez.  
Ediciones Baile del Sol, 2008.

**H**ace unos 20 años, Cecilia Domínguez me propuso la presentación de su libro *Vispera de la ausencia*. Creo que se hizo en el Círculo de Bellas Artes y digo creo, porque a pesar de haber preparado dicha presentación, yo no asistí. Un amigo común, para eso están los amigos, leyó las páginas para la ocasión. La anécdota curiosa no es el que haya o no asistido a exponer mis palabras, sino que –debe ser la edad– no recuerdo nada en absoluto de ese manifiesto. Pero debe ser cierto porque Cecilia, siempre con su amabilidad, me envió el trabajo en cuestión que vio la luz en *La Gaceta de Canarias* nada menos que en 1989.

Esto vale para saber qué decía yo por esos años y qué nos viene a deparar ahora la poesía de Cecilia Domínguez. Ya por entonces dije (y aún no se me caen los anillos al repetirlo) que Cecilia era una poeta esencial, porque escribe entrañablemente. Abandona toda retórica y hojarasca verbal reducida a su condición de sonido agradable pero hueco y sin sentido. Quizás, de las cosas que más haya que destacar, sea la sencillez del lenguaje, su configuración formal e incluso, cuando utiliza la rima, donde no existe ripiosidad y sí un ritmo, encabalgamiento y armonía fuera de lo común. Esto es importante, porque si algo caracteriza a la poeta, y así lo dije también en aquel entonces, es que no existe feminidad o masculinidad en su poesía, el yo lírico

de Cecilia se funda en no creer en una poesía masculina o femenina, sino el adaptar la visión de las cosas desde ángulos diferentes.

Ya desde su primer libro: *Porque somos de barro* al penúltimo: *El libro de la duda*, los elementos que van a caracterizar la poética de Cecilia Domínguez serán: las relaciones humanas y su dependencia de cuanto nos rodea. Recordando que si los motivos giran en torno al mar y la nostalgia, no por ello se olvida del erotismo, la rebeldía, el sarcasmo o la ironía. No quiero entrar en el terreno formal de su poesía, otros han encontrado verdaderos hallazgos en la forma en que estructura sus libros, porque Cecilia lleva una idea a sus composiciones y por regla general, sus publicaciones conservan una unidad que va desde el mundo de la cotidianidad a la ironía, cargado de interrogaciones, o como dije hace tantos años, que la poeta rechaza todo lo que no es profundamente lírico y humano. Todo ello dentro de un lenguaje enormemente sencillo, sin retórica o hermetismo al uso.

Ya en el libro anterior a éste, cuyo título es *El libro de la duda* me confirma todo lo dicho anteriormente y que coincide plenamente con el hermoso epílogo que Domingo Báez dedicó a este poemario, donde deja bien a las claras (con lo que coincido) que Cecilia Domínguez es una poeta que deja constancia de su yo, no es una poetisa al uso.

Leyendo el libro de Cecilia Domínguez, publicado por Baile del Sol, me vino a la memoria que hace más de un lustro la poeta tenía ya poemas del *Bestiario* que hoy ven la luz; como siempre Cecilia se marca un plan.

Aunque no es necesario explicar lo que es un bestiario, ese conjunto de iconografía animalista que contiene la descripción de animales fantásticos o reales, que presentan su doble aspecto; el científico como un pequeño manual de historia natural; y alegórico, al representar los vicios, virtudes, misterios, etc. Quizás el primer bestiario esté en el “Arca de Noé”. Nadie sabe cómo aquellos seres pudieron convivir durante 40 días en total armonía. Los animales de Cecilia quizás sean eternos, porque de eternidad podemos hablar cuando de poesía se trata.

No quiero entrar en el “Fisiólogo”, libro griego del siglo II, causante de tanto libro posterior de tono moralizante, donde Jesucristo, el demonio, la iglesia y el hombre quedaron establecidos de forma simbólica.

No. No es el caso de Cecilia, en todo caso la poeta combina lo onírico y lo simbólico, pero todo ello alejado de los antiguos bestiarios, donde la fábula y la moraleja didácticomoral se inspiran, siempre en la consecución de los bienes ultraterrenos.

El caso de Cecilia Domínguez se acerca más al espíritu de los “Epi-gramas”, poemas cortos que con carácter festivo o satírico puedan hacer las delicias, junto a los dibujos de María Bordón, a cualquier escolar. Con esto no quiero decir que el libro sea infantil, no se me malinterprete. Porque si a algo se parece, es al *Cortejo de Orfeo* de G. Apollinaire. De un modo sutil, sin caer en lo libresco, Cecilia alude (como Apollinaire) a los viejos bestiarios, tonando el dato fantástico o el giro arcaico. Véase si no el poema Tortuga I (pág. 79):

Un día  
sacarás la cabeza de tu concha...

El pensamiento refinado se alía aquí con la espontaneidad y sencillez expresiva, aunque con las reminiscencias culturales, desde las fábulas a la mitología. Ese tono de poesía popular, de canción callejera, aparece ocasionalmente en el *Bestiario* de Cecilia. La emoción se acumula y se encubre, al mismo tiempo, en sus poemas más cortos, como en los de Apollinaire, sin que éstos la lleven a imitarlos, sino a encontrar instintivamente la delicada melodía hecha de matices y secretos (Tortuga II):

De tan lenta  
te escapas  
del vértigo del tiempo.

A través de la familiaridad de estos retratos de animales, dibujados como dije por María Bordón Domínguez, con una gracia burlona, se trasluce la magia que evoca.

Corrientemente, como en todo bestiario, este o aquel animal se suele erigir en símbolo del amor, del dolor, dureza trabajadora, molestia, etc. de la poeta, sentimientos que púdicamente se ocultan tras la máscara del humor Mosca I (pág. 47):

Tenaz  
como un ejército en marcha,  
tu zumbido  
te multiplica en esta madrugada...

Cuatro o cinco versos le bastan a Cecilia para trazar la pintoresca fisonomía del personaje zoológico de turno, sugiriéndonos, al mismo tiempo, sus relaciones claras o veladas con la propia autora (Mosca II):

Insistes, como yo,  
a pesar de todo.  
Sola contra el cristal  
que crees aire.

Si he elegido estos poemas, es por el alejamiento e introspección que hace de ellos. Cecilia, es verdad, no habla con los animales, pero la aparente displicencia de estas pequeñas estrofas podría inducir al lector a pensar que se trata sólo de una diversión, de “fantasías”, cuando en realidad el arte con que están compuestas estas diminutas obras, es un canto a la belleza. Y no por ello menos valiosas, pues el verdadero peso de un poema no lo da la longitud del mismo sino la calidad y su atractivo.

El lector debe sumergirse también en los poemas fantásticos, de invención: por ejemplo el Tilomirlo, imposible no rendirse ante la expresión poética contenida en él: (pág. 147)

El tilo mirlo azul  
abunda,  
en las noches de menguante  
se esconde en tu almohada...

Desearía que estas líneas sirvieran para un mayor acercamiento a la poesía de Cecilia Domínguez, siempre tan cariñosa con todo lo humano.